

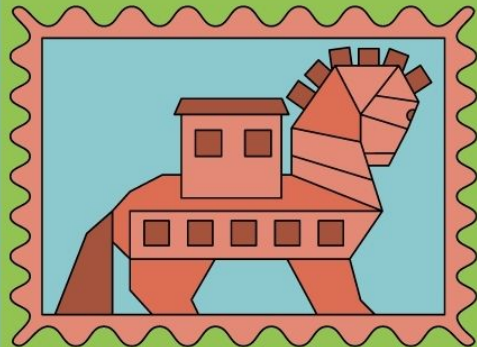
LAS MIL Y UNA NOCHES ANÓNIMO



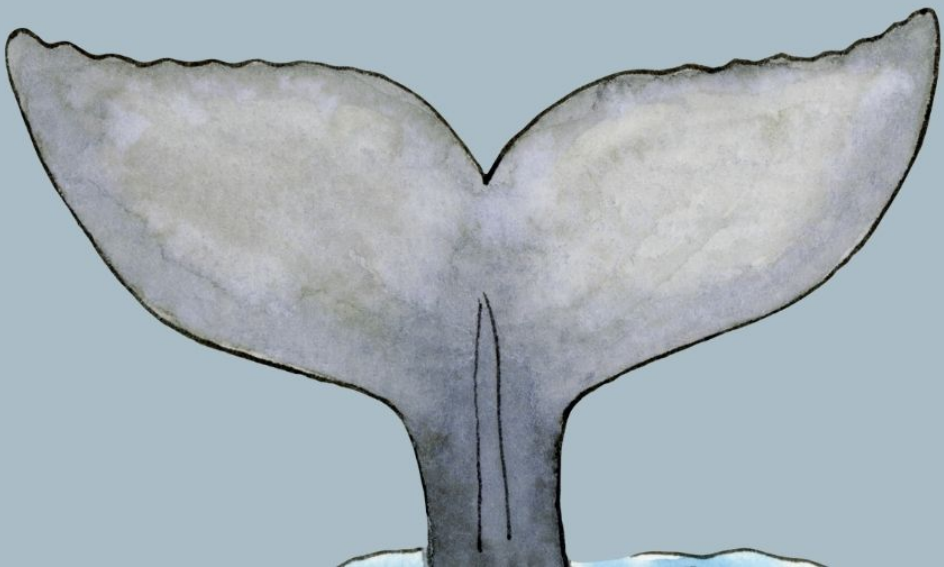
DON QUIJOTE DE LA MANCHA MIGUEL DE CERVANTES



LA ILIADA HOMERO



MOBY DICK HERMAN MELVILLE



LA LÍNEA DEL LIBRO

Leer es viajar sin moverse del sitio

MENÚ

Sopa de Letras

Libritos de jamón
y queso

con ensalada de
lechuga, tomate y
aceitunas

Gelatina de frutas

CAPÍTULO PRIMERO

Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivió un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carne, salpicon las más noches, duelas y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entremesa se hallaba con su velludo de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza que por ensillado al rocín como tomaba la prodelera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de «Cujada», o «Quasada», que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se dejó entender que se llamaba «Quijana». Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso — que eran los más del año —, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y, de todos, ninguna le pareció tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entrecortadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cortas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la simrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra ferocidad». Y también cuando leía: «Los otros celos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen mercedero del merecimiento que merece la vuestra grandeza...»

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentenderlas; el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes mostratos que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su oír aquel acabar su libro con la promesa de aquella inexcusable aventura, y muchas veces le vino deseos de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun soliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar — que era hombre docto, graduado en Ciguenza — sobre cuál había sido mejor caballero: Palmirín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas masse Nicolás, barbano del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Falso, y que si alguno se le podía comparar era don Quijote, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, así se entrecortó tanto en su futuro, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Lléndose la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentos y disparates imposibles; y asentándose de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un reves había partido por medio dos feros y descomulgados gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Rolán, el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantesca, que todos son soberbios y descomulgados, él solo era amable y bien criado. Pero, sobre todas, estaba bien con Roldán de Montaubán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en aldea robó aquel idolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de codos al traidor de Otalón, al ama que tenía, y aun a su sobrino de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar los gigantes y a ejercitarlos en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase al pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio a poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, largos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón.

